

## LAS DOS IZQUIERDAS DE AMÉRICA LATINA

José Carlos Fernández Rozas

El desconcierto que produjo el desmantelamiento de la Unión Soviética no sólo trascendió a los medios políticos e ideológicos. Tuvo tal calado que obligó, incluso, a cambiar la línea habitual de las películas de James Bond con gran perturbación para sus seguidores y como otro expresivo índice de la decadencia del Imperio Británico. Desaparecidos los bárbaros había que inventar un nuevo enemigo común, llegándose a considerar los términos “derecha” e “izquierda” como meras reliquias del periodo industrial en la línea de la previsión realizada por Alvin Toffler. La lúcida reflexión de Gustavo Bueno en torno al “mito de la izquierda” (2003) tuvo el mérito de reconocer una unidad unívoca a las derechas, lo que no acontece en las izquierdas que son muy diversas y están en permanente conflicto. La moda basada en denostar las concepciones leninistas ha dado paso, junto a las propuestas de “terceras vías” (Anthony Giddens), a un nuevo modelo, que el propio Gustavo Bueno considera una suerte de izquierda fundamentalista caracterizada por un lenguaje idealista y mentalista con signos externos bien definidos: apología del multiculturalismo, aunque sin desdeñar la defensa de ciertos nacionalismos fraccionarios, la bandera del ecologismo y la adscripción a una suerte de agnosticismo teológico.



Mas el tiempo en que nos corresponde vivir arroja nuevos elementos que complican extraordinariamente las clasificaciones proporcionadas por la ciencia política, como la formulada con evidentes dosis de abstracción por Norberto Bobbio. Es cierto que tras la

Guerra Fría, muchos partidos de la izquierda latinoamericana se habían alejado sensiblemente del socialismo real, buscando profundizar en la equidad social y en la democracia siguiendo los parámetros europeos, pero estos experimentos quedaron diluidos por los grandes escándalos de corrupción a cuyo frente destacaron experiencias fatales como la de Carlos Andrés Pérez en Venezuela. Un fracaso que se unió al de los estrepitosos desastres de los ensayos neoliberales basados en el “modelo único” consolidado en Marraquech en 1994. Por eso apareció de improviso otra corriente de inspiración radical basada en el personalismo, el autoritarismo y el control férreo de los poderes públicos, que ha llegado a situar a sus seguidores al borde de la democracia formal: el auge de unos movimientos sociales, con fuertes dotes de indigenismo, que no parecen coyunturales ni efímeros. Diferencias de estilo y contenido afloran contra la hegemonía estadounidense, poniendo a prueba, frente a sus legítimas reivindicaciones, su vocación democrática y su perdurabilidad. Es cierto que la referida desaparición de la Unión Soviética tuvo unos efectos en el propio modelo pero no es menos cierto que las tareas de liberación económica, social y política de las mayorías están más vigentes que nunca en América Latina.

Esta es la línea de análisis, ciertamente peligrosa por su ambigüedad y no exenta de oportunismo electoralista, que efectúa el venezolano Teodoro Petkoff (1932) en su libro “Dos izquierdas” (Alfa Grupo Editorial, 2005) que recoge una serie de textos y reflexiones realizadas por el autor en los últimos años. Pese a mostrar en ocasiones cierta debilidad científica, el libro de Petkoff permite explicar lo que está aconteciendo en los últimos años en América Latina y apunta principalmente a las consecuencias de las nuevas experiencias políticas en Venezuela, Bolivia y a lo que previsiblemente ocurrirá en México si se produce la victoria de López Obrador, aunque la vecindad de los EE UU tiende a aplacar las preocupaciones inversoras respecto a este último país. En este opúsculo se analiza la presencia de dos izquierdas políticas en América Latina. Una cargada de emociones, denuncias y esperanzas justas que, por incapacidad de asumir sin maniqueísmos el desarrollo económico y la democracia social está abocada a la inexorable frustración y a callejones sin salida. La otra, con fachada menos heroica, con promesas menos absolutas y redentoras, más matizada y evolutiva, pero de cuyo éxito gubernamental depende la salud económica, política y social del hemisferio. Una izquierda vanguardista y otra, curiosamente calificada así por el autor, “borbónica”, inadecuada para resolver los problemas reales. Una izquierda en baja y la otra en alza. Una izquierda autoritaria y otra democrática. La conclusión a partir de aquí es obvia y totalmente simplista: debe apostarse por una izquierda que asuma, ante todo, la imperante necesidad de profundizar a la democracia en un clima de absoluta libertad tratando de compatibilizar la globalización con el desarrollo y la equidad. Una suerte de “tercera vía”: desarrollo económico con participación y sensibilidad social.

Antichavista militante, Petkoff reclama desde la izquierda fundamentalista la necesidad del cambio descartando en su búsqueda los modelos soviéticos o castristas. Al debate de ideas en la región, que hace poco más de una década parecía reducido a la corta familia de temas que proponía el hoy ya bastante desarbolado “Consenso de Washington”, vienen a añadirse los problemas que plantea la “viabilidad” democrática de la izquierda latinoamericana en un continente que ya no es el de los autoritarismos tutelados por el Departamento de Estado americano, pero cuya pobreza extrema ha hecho de la suya una población políticamente más impaciente aún que la de los años cincuenta. Petkoff cree en una izquierda con un proyecto nacional inclusivo en torno a la superación de la pobreza, y capaz de lograrlo con éxito, en democracia y libertad y sin alardes. Ello le lleva a

adherirse a un proyecto nacional en torno a la superación de la pobreza, capaz de lograrse con éxito, en democracia y en un régimen de plenitud en relación a las libertades.

Entre el ALCA y el ALBA existe un amplio espacio que reclama otro movimiento de izquierda más abierto y con gobiernos que tejan el futuro con los hilos de la justicia social, la esperanza de los oprimidos y excluidos en una urdimbre de pragmatismo. No en vano existen gobiernos encabezados por Lula, Michelle Bachelet, Tabaré Vázquez o Kichner y otros (como en Panamá, República Dominicana y Guyana), empeñados en lograr el desarrollo económico y construir sociedades democráticas con justicia y libertad. Brasil, Argentina, Chile y Uruguay son países que han vivido terribles dictaduras militares y han descubierto que con sólo media sociedad no se puede construir nación y que no hay trabajo digno si no hay inversiones de capital y viceversa. Más discutible es determinar si entre las dos grandes alas de la izquierda latinoamericana y caribeña hoy gobernantes, a pesar de sus discrepancias y de sus evidentes contradicciones conceptuales y de estilo, existen vasos comunicantes o una situación que inexorablemente puede dar lugar a una fractura entre ellas. Para la izquierda moderna y democrática que metabolizó la experiencia de la lucha armada, la crisis del modelo soviético y otras opciones hoy denostadas, las relaciones con la izquierda borbónica, conservadora y no democrática, forman parte, sin embargo, del manejo de sus tensiones internas. Un panorama que pudiera resultar atractivo de no ser por sonoros escándalos como el protagonizado por el superministro de Economía de Brasil, Antonio Palocci, que complica seriamente el futuro político de Lula. Por el momento el diálogo de las dos izquierdas recuerda al que reflejó Richard Fleischer en su film “Chéj” (1969) entre el famoso guerrillero y un campesino boliviano insensible, pese a su pobreza, a un clamor revolucionario que no comprendía.

*(Gaceta de los Negocios, 1 de abril de 2006)*